

Leopoldo Lugones: Mecanismo, Contorno y Destino

o ROBERTO ETCHEPAREBORDA

No me parece lícito establecer en Lugones una división entre el escritor y el hombre de acción, pues aun cuando separadamente podrían suscitar interés esos dos aspectos —el literario y el vital—, resultarían incomprensibles vistos en una proyección que se ha utilizado por igual en la admiración acrítica como en el desdén fácil e injustificado.

Por lo tanto, doy por invalidada esa separación entendiendo que el valor actual de Lugones consiste precisamente en la interferencia de esos dos aspectos.

El punto de partida es *el interés*, la acometividad con que Lugones se sumergía en todas las cosas, enfrentándose al mundo y a los hechos con ímpetu de posesión, con un frenesí de conocimiento, cuyo desbordante *entusiasmo* no tuvo la dosis de *ensimismamiento* que hubiera convertido su optimismo en fe. La teoría se le transformaba así en asunto personal y la decisión reemplazaba a la solución meditada; resultando evidente que no seguía un discurso lógico, sino a su emotiva espontaneidad; y su falta de neutralidad valorativa le impedía las concepciones rigurosas, logrando sólo explosiones emocionales. Tanto es así, que el análisis de su estilo revela un valor exclusivamente contextual y contradictorio al ser separado de su circunstancia. Y cuando trata de pedagogía política no hace sino reivindicar creencias puramente intuitivas, convirtiéndose esta personalización en simple justificativo de sus actos. Toda su acción parece así condicionada por un imperativo heterónimo, algo que se impone de afuera hacia adentro y que da la pauta a ese *quehacer*. Correlativamente, *su misión va surgiendo de la entraña misma de los acontecimientos*, identificándose con su acción, y todas sus manifestaciones en función exclusiva de su realización.

El interés sigue siendo el punto inicial: todas las cosas lo atraían igualmente, con el deslumbramiento de lo recién descubierto, con una gran capacidad de sorpresa, de fundamental importancia al comienzo de su actitud artística.

Pero no tuvo Lugones la virtud de seleccionar las materias en las que únicamente hubiese tenido que sentirse responsable. Sino que esa voracidad sin orientación, carente de un sentido unívoco que hubiera podido servirle de punto de referencia, le hizo aparecer todo con un significado central. Y así a su obra, a su resultado, le falta unilateralidad, sinónimo aquí de profundidad y determinación.

Era ésta una actitud renacentista, pero el diletantismo que la animaba, *lo circunstancial*, la privaron de *la insistencia* característica del humanista que se va transformando por simple erosión en profundidad, lo opuesto a la extensión que fué lo que tuvo.

Importa señalar especialmente ahora esta constante antinomia, vigente durante toda su vida entre *su intención* y *su resultado*:

Es por *la circunstancial* que se lanza por todos los caminos de la cultura, deteniéndose no por lo que hubiera alcanzado, sino para el reposo que sus rectificaciones exigían. Y eso también provoca su aventura cerebral, defendiendo todas las ideas, una después de otra, ávido de experiencias, pero imposibilitado para transformarlas en una actitud definitiva, como si la posesión le hubiera hecho dudar de su honestidad, como si hubiera temido la negación de sus propias actitudes especulativas.

Su atención le marcó su contorno. Su quehacer lo determinó el de los otros con toda la improvisación del que improvisa y no prevee, y que está sometido a lo transitorio aunque quiera y crea estar en lo definitivo.

Correlativamente su ademán estuvo condicionado por su entusiasmo, que no lo detuvo en las cosas, sino que las tiñó con su propio tinte. Y quiso ordenarlas. Y al cultivar sistemáticamente el culto de los hechos, se convirtió en su víctima, hasta en sus contradicciones, donde sólo se vieron equívocos a causa de su posterior afán por guardar un proceder objetivo —contrapartida de su entusiasmo— que le permitiera orientarse entre las cosas. Pero su ninguna destreza dialéctica le impidió comprender el natural fluir de esas mismas cosas —deshumbrado por lo más inmediato, la faz más brillante—, incapaz de comprender ningún concepto en esos cambios funcionales, construyendo cerradas antinomias, irreductibles dicotomías, buscando de elevar aquellos hechos a fórmulas sin asimilaciones ni conciliaciones, sin advertir que esa disparidad no sólo no negaba la unidad sino que la suponía.

Y por este desencuentro con la realidad, Lugones resulta el arquetipo de una generación ineficaz más que desorientada, acostumbrada a un panorama aparentemente definitivo, donde las cosas seguían con el valor que se les había acordado.

Una generación que advirtió el cambio —sí, lo advirtió—, pero el idioma que forjó resultó envejecido al usarlo. Supo de la mutación, pero desconoció que no se entraba a una nueva y más o menos definitiva estación. Creyendo que era transición lo que era crisis en tanto transición supone lo que va de un definitivo a otro definitivo.

Quizá, porque *ingresaba nuestro país en el ámbito occidental activo y de cambio y consecuentemente empezaba a tener su propio dinamismo*. O mejor dicho, marchaba nuestro país hacia una universalización de la conciencia histórica precisamente porque empezaba a funcionar su propia dinámica.

Hasta ese momento el gongorismo, el neoclasicismo, el romanticismo, el liberalismo se habían repetido con la separación de algunos años y con los éxitos y los fracasos que los diversos paisajes determinan, pero siempre con la aceptación que todo lo estático presupone. Pero esa dualidad comenzaba a resquebrajarse en todo el largo continente y entre otros espíritus alertos sintieron —Lugones y los que con él estaban— la necesidad imperiosa de contar con un cuerpo de opiniones sancionadas en base a una jerarquía de todo el contorno. Y fué Lugones quien miró a su más cercano contorno y no vió ninguno, porque ninguno había y consecuentemente —como no estaba en él atisbarse— echó mano de lo que tenía enfrente. Y tuvo un esquema —orden, vocabulario—, cuyos presupuestos absolutos eran admitidos como incuestionables, más allá del término al que el mismo Lugones podía llegar: precisamente aquel que Lugones aceptaba como incuestionable y que utilizaba para justificar todas sus subsecuentes conclusiones; con la ventaja que la necesidad de evidencia de sus presupuestos quedaba al margen de ellos o, como constituían la base de una comprobación, no podían ser justificados en sí mismos. El orden estaba logrado, pero al ir a aplicarlo advirtió Lugones que no encajaba con la realidad, estaba atrasado él mismo que figuraba en la vanguardia. Era necesario entonces —así lo advirtió Lugones— un nuevo esquema que fuera efectiva brújula y marco para ese inasible mundo.

Y el resultado de esta nueva y perpetua paradoja de Aquiles y la tortuga es la inactualidad lastimosa de las proposiciones lugonianas: despreció para ordenar, omitió en lugar de seleccionar, aceptó los elementos eficaces, siguió la brillantez mitificando lo que juzgó trágico y que al fin de cuentas resultó grotesco; hipostasió gestos y frases y *slogans* estimándolos doctrinas. Nada de lo humano le fué extraño, pero todo segmentado.

Aquí sí que resulta *unilateral* en su sentido restringido. Unilateral en esa búsqueda de un complejo ideológico definitivo, recurriendo a módulos que habían tenido eficacia, sin advertir

que ésta era precisamente un resultado de su boga, y a los cuales quería imponer en virtud de su éxito en ciertos períodos de transición y de un prestigio pretérito, *intentando desesperadamente canalizar su dispersión para lograr una unidad.*

*

† Espíritu mimético, Lugones copiaba y adhería al modelo, paradigma definitivo del que no adquiría conciencia de su precariedad hasta que lo abandonaba por otro definitivo que lo obligaba a atacar al anterior, *no por la virulencia del renegado* que quiere hacer méritos en su nueva fe, sino precisamente porque *sentía lo definitivo, ese definitivo, como excluyente, negatorio*; lo contrario del que reniega, quien al atacar su primitiva condición, de hecho entra en su dinámica. Este es el resultado de proyectar el *sentimiento de lo definitivo* en Lugones hacia atrás; porque proyectándolo hacia adelante, hacia el futuro, se advierte que no capitalizó jamás tácticas de retirada, posibilidades entrevistas de fracaso y de consiguientes cambios de frente. No. Ingenuidad y entereza a la vez, pero que revelan que *no seguía la moda* en tanto sus posiciones eran terminantes sin prevención de sus futuros cambios. Y la proyección sobre el presente, ratifica la negación de la moda, en tanto *no había colectividad que lo siguiera* aun cuando lo favoreció.

Anteriormente hablé de *rectificaciones*. Para ser preciso: Lugones no fué hombre de rectificarse, sino de cambiar. Sólo se rectifica en base a matices; pero quien los desconoce, únicamente puede apartarse definitivamente de su primer modelo y no defenderlo en la dialéctica de la aceptación y el rechazo, verdadera entraña del que asimila. Todo lo cual me hace pensar que, por una especial irritación ante lo cambiante de las cosas, hubiera terminado Lugones en un catolicismo hermético, con la rara satisfacción de haber logrado algo definitivamente inamovible. Porque siempre confundió lo lógico con lo sólido y elevó a la categoría de principio a las más opuestas entidades, subordinándole todas sus sucesivas estructuras, ordenadas en una rigurosa jeraquía de inconsciente subversión de los rasgos objetivos de los valores, en una repetida distorsión estimativa, vicio nativo adscripto definitivamente a su personalidad.

Bajo el influjo de esta subjetividad desbordante de notorias discrepancias entre sus construcciones y las evidencias que se le iban mostrando, Lugones se sumía en perplejidades en las que se hundía más y más por su constante necesidad de identificar esos conceptos, llegando a caer, finalmente en un *duplicado ilegítimo de la realidad*, condenado —por su deslumbramiento frente a lo inmediato— a un saber de exterioridades.

Ansiaba Lugones lo categórico —ya lo señalamos: buscador

ingenuo de infalibles—, pretendiendo lo exento de toda posibilidad de objeción. Se podría hablar, por lo tanto, de una *entereza*, una entereza de características polémicas, insensibles a la concesión, a la que suponía, pero únicamente como factor excluyente y *no con criterio ecléctico*, porque es ecléctico quien concilia y no aquél que va desechando las sucesivas fórmulas a las que recurre.

No eclecticismo por un lado, y *no heroísmo* por el otro, en tanto me parece excesivo denominar así al muy dudoso mérito de insistir en esas aceptaciones y no ir derechamente a la creación de lo propio, juzgando a esta limitación —por defenderla y no enmendarla— esencia de insustituible determinación. *Su entereza resultó valedera como aspiración a una unidad y como imperativo de vigencia vital, pero le impidió la complementación de lo efectivo —esta misma entereza— y la realidad, en un ideal trascendente.*

Todos sus avatares fueron repeticiones de esta íntima incompatibilidad personal; una sucesión de impuestas elecciones con sus añejas renunciaciones y limitaciones.

Porque si Lugones emprendió una lucha contra fórmulas y esquemas, fué para imponer otros signos. Quiero decir que *sólo pudo reemplazar, sin superar*; los valores negativos subsistían nada más que con el acento cambiado. En Lugones no hubo un reniego de valores caducos, sino un desencuentro con sus propias prolongaciones, en tanto desconoció siempre los extremos alcanzados por sus propios esfuerzos; y si aparecía espontáneamente revolucionario, era reflexivamente ordenado, y si la acción lo atraía, lo rechazaba su misma inestabilidad que no tenía lugar en la necesidad que lo llevó a aquélla. Eran simples actitudes que no admitían duda mientras eran adoptadas.

De ahí que su error consistió siempre en no acatar las consecuencias impuestas por unos principios elegidos; lo que no significa de modo alguno que en todo momento no haya buscado el compromiso, la responsabilidad frente a la problemática vital. *anhelando soluciones teóricamente fundadas, creyendo —eso sí— que eran sólo problemas de dimensión vertical, puramente geográfica, de circunstancias nacionales, cuando en realidad la proyección era distinta, de contornos históricos, del mundo todo.* No advirtiendo que en última instancia entre esos hechos y sus actitudes no había una coherencia y sí una distorsión cualitativa.

Y este tremendo divorcio entre su subjetividad y su contorno, fué una de las causas de su fracaso, pese a su afán por renovarse en el constante trato de los problemas de actualidad, y *haciendo de su propia impotencia una razón de superioridad, convirtió esta crisis definitiva en su propia razón de ser, su im-*

potencia en su tónica formal, su falta de finalidades en su propio fin. Porque, lógicamente no pudo dejar de deducir la conclusión inevitable de las premisas planteadas por toda su vida que se le fueron apareciendo tácitas hasta en la triste lucidez de su decisión última. Dicho en término paulinos: quiso evadir la ley, la inexorable legalidad a la que él había contribuido con su estricta actitud de siempre, hasta con su *pasar por todas las etapas*, a lo largo de las cuales las quejasas princesas terminaron por convertirse en aullantes Euménides.

Otro aspecto de Lugones —consecuente con su desenfoque y atraso respecto a su contorno dinámico y real— es *la improvisación de un halagador precedente para nuestro país*, por suponer, quizá, que algunos motivos espirituales se irían sobreponiendo a las contingencias de su hora, al intentar un buceo en nuestra realidad constitutiva más íntima y genuina, tratando de transformar un objeto desvitalizado como era nuestra historia para evitar que fuera algo *inauténtico*. Entendió que ese pasado no era algo desligado y ajeno a su existencia sino que lo estimó con capacidad de engendrar historia, no *conociendo* simplemente el hecho histórico sino *reconociéndolo*. Y dejando de lado la investigación clásica que sólo podía dar una minuciosa descripción de los hechos, quiso averiguar lo sustantivo de los mismos, evitando el simple formuleo de dictámenes condenatorios o absolutorios; negando que el pasado fuera un simple depósito de experiencias humanas, pero al sobrestimar una historia cuajada de altibajos, incurrió en una especial *petición de fin*, apoyándose en los valores presentes que no habían salido del escolástico estado de potencia, para construir todo una teleología wagneriana. Vió a su patria grande, porque la quiso ver grande y se equivocó.

Fué así como defendió figuras que aún hoy no han sido definitivamente asimiladas —el aspecto positivo de esta actividad lugoniana—, algo de lo que todavía no se había tomado conciencia y que —según él— tendría que permitirnos seguir siendo, y que únicamente aparecía como historia amenazante.

Es que Lugones creyó en lo utópico en cuanto tiene algo de la negación de la realidad circundante, un factor del que no podía prescindir, quizá porque desde su inicio, América fué raíz y campo de utopías. Con todo, lo que aparece innegable, es eso, que Lugones, como en el proceder cartesiano, valorando a nuestro país lo pensaba, y al pensarlo le otorgaba existencia, queriendo incorporarlo por este proceso a los más amplios ámbitos culturales. Desgraciadamente le faltó en las actividades que siempre siguieron a esas reflexiones, el indispensable despego de lo esquemático y de lo subjetivo. Dentro de ese marco insertó Lugo-

nes sus arquetipos, productos de minuciosas revueltas deductivas y de rígidos causalismos —aparentemente contradictorios con su concepto de destino— sometidos a un cerrado determinismo en el que subordina diversas y aún contrapuestas expresiones culturales a un centro regulador —todo lo contrario de un criterio ecléctico— en los que sus análisis de textos escogidos se van yuxtaponiendo según una singular y subjetiva coherencia.

De ahí que *Lugones viva más que sus puntos de vista* y, hasta en algunos de sus aspectos, logre trascenderse a sí mismo; y si alguna unidad obtuvo en su vida —tupida trama de expectativas—, estuvo dada por esa fe ilusoria que puso en ella y en su propio espíritu, factores constantes de su determinación, aunque nunca de su realización. De una realización frente a la que, por momentos, se capta esa oscura inhibición —cuyos sutiles meandros trato de seguir— especialmente vigente en su impulso de creación. Superada en virtud de su vivacidad polémica —transitorio elemento catalizador de su dispersión— y que se manifestaba al solucionar cualquier problema cargando su valoración en uno solo de los elementos que lo componían: el escamoteo del verdadero planteamiento; la destreza como recurso primordial para encubrir aquella inhibición; *el defecto que se trasmuta en astucia formal*. Es así como las tentativas de Lugones por lograr precisión lo desvitalizaron haciéndolo adquirir un mecanismo externo.

Por otro lado, la fuerza que se ha querido descubrir en sus obras —contraparte del vigor físico que determina una singular raza de escritores argentinos: Sarmiento, Hernández— es evidente que sólo responde a una hibridación de elocuencia y de esa destreza formal que había sido admitida como necesidad renovadora, pero que al mismo tiempo resultaba *la razón esencial del fracaso de su intimidad lírica*. Se encuentra más el alarde que el sentimiento, que aparece acoquinado bajo una constante impostación de la voz. Su virtuosismo le hace cargar de énfasis dramático a simples instancias poéticas y ofrece su lírica como espectáculo, sosteniendo sus versos con elementos exteriores despojados de esa linfa sutil que les hubiese otorgado estructura poemática. Su poesía lírica actúa así y se conforma en función de la culminación, a la que se llega por escalonados versos con el jadeo consiguiente.

Su fracaso lírico lo empujó al campo épico donde creyó poder dar rienda suelta a sus desbordante subjetivismo, pero su constante formal siguió vigente en tanto la lectura de esa poesía revela que al querer obtener una *unidad poética* —de valor propio— sólo consiguió *unidad poemática*, de construcción acabada por la falta de lo inesperado, de lo imprevisto. El clima se logra

con una especie de preaviso —por así decir—, en el que se clama y reclama por los elementos heroicos; recurso que invalida toda posibilidad de ensalmo, de “ya está” mágico y verdaderamente creador. Su “pathos” es logrado por explicaciones y reiteraciones que habiendo debido ser de caótico fervor, se tornan engolados minuciosos inventarios contruídos con el orden de la yuxtaposición —como si tomara de las palabras pronunciadas la apoyatura para las siguientes, con el truco rítmico del orador o del payador—, provocando así la presencia de todos los elementos que priva al conjunto de la sugestión de lo simplemente aludido.

† Se ha pretendido —atendiéndose también a lo externo— que a partir de su obra han surgido las posteriores corrientes de la poesía argentina, sin distinguir que éstas provienen de él no en virtud de su *multiplicidad poética* sino de su *multiplicidad como poeta*. Se comete así una confusión semejante a la que se incurriría si se lo viera como maestro de las diferentes y antagónicas orientaciones políticas en las que militó. *No; no caben de ninguna manera actitudes magistrales en la vida y en la obra de Leopoldo Lugones.*

Nada definitivo queda de su obra, penosamente *circunstancial por sus motivaciones y por su realización* en cuanto no participó de las denominaciones comunes de las cosas: por debajo del problema diario el problema eterno que lo conforma. De ahí que tenga valor para la historia de la cultura: su vida y su obra como exponente —así se vivía y así se escribía en tal y cual momento y lugar—, pero no con el valor ejemplar que se le otorga a las obras y a las vidas realizadas, concluídas, a las que se vuelve, a las que se tiene presente.

No tuvo Lugones la calidad de maestro en tanto le estuvo vedado prever el cambio y consiguientemente la particular didáctica de cada momento. No aparece en sus descubrimientos la *revelación*; a lo sumo, su ágil destreza daba como mejor resultado la *propaganda estética*: ya como prestidigitador, ya como clown, ya como orador, ya como payador, pero jamás en el diálogo esencial del magisterio. En Lugones no existe ni la presencia, ni la asistencia, ni la adaptación del que enseña.

✕ Cuando negué que Lugones siguiera las alternativas de la moda, di como prueba que no había colectividad que lo acompañara: estaba él solo en sus actitudes, y más que solo, aislado, en tanto únicamente supo de la soledad cuando se encontró en ella. *Desvinculado* precisamente en su calidad de hombre que estaba al frente en su búsqueda de definitivos —afanoso de exclamationar de una buena vez: “¡Este soy yo!”— que lo anquilosaban

en simples "poses" de modelo en las que se engoiosinaba. Tuvo, sí, *imitadores*, que copiaban de él, pero sin la autonomía que requieren los auténticos *discípulos* y sin la suficiente objetividad crítica que les hubiese otorgado personalidad.

Y si las obras de Lugones implican una vigencia de origen colectivo-circunstancial y que por él se explican —con la malicia y la desventura que eso significa— al convertirse en *instrumentos de inauguración cultural y política*, no evidencian en toda su extensión la intensidad de sus propios sufrimientos, de sus íntimos sentimientos. Ni siquiera el esfuerzo por acomodarlas al relato de su interior intenso; sino que, por el contrario, resultan sólo un pretexto para enmarcar hechos, un punto de referencia para contemplan sus crisis sucesivas. Y que por el ideal de hacer extensivas sus experiencias a su *público*, sólo logró mantenerlo inerte. Les faltó intimidad porque en ninguna parte aparecen las referencias sentimentales que serían indispensables para el examen sincero y definitivo de sus propias circunstancias: sólo le interesaba mostrarse ante ese *público* con la magnitud de sus reacciones y de los sucesos que, al situarse en relación con él, adquirirían un desproporcionado relieve.

Lugones estimaba las cosas en función de sí mismo, relativizando su ámbito al erigirse en su centro. Tanto es así que hasta la multiplicidad de su obra fué producto, no tanto de su necesidad de comunicarse como de su afán por ubicarse a sí mismo, *encontrando en su público simples variaciones de sí mismo y no identidad con su quehacer*. No fué un auténtico *hombre representativo* en tanto siempre tenía presente el artificio de su propia ubicación. ¿Representa esto, entonces, *la desconexión entre su sentido trágico y su heterogénea actitud respecto del sentimiento épico y la actitud homogénea a que aspiraba al fracasar su personalidad como instrumento catalizador y su obra como expresión unificadora de lo argentino hondo?*

† Hablé anteriormente de *generación ineficaz: ineficacia originada en una falta de limitación, de contención, de reconocimiento de sus propios límites*. Y aun cuando dentro de ella hubo actitudes totalmente distintas; porque si en Lugones hubo un constante e insuperable desenfoque con su contorno, de hecho había una *aceptación* —que no quiere decir resignación—, un goce y un agudo afán por aprehenderlo. En los otros hubo *reniego*: quisieron conservar las manos limpias sin entender jamás las características de la verdadera faena. Y precisamente el actual prestigio de alguno de ellos —pienso sobre todo en Lisandro de la Torre— se fundamenta en que sublimaron la *renuncia*, de antiguo abolengo y prestigio argentinos, culminación del no compromiso, conjugado con todo el romanticismo —otra cons-

tante argentina— de ese brusco e inacabado final. Desde este solo punto de vista, tiene Lugones una mayor dignidad, en tanto se esforzó por poseer su contorno, su realidad, sin gambetas vitales. No pudo, pero quiso. De la Torre, en cambio —y sírvame su figura como ejemplo—, pudiendo hacer y hasta poseer, no quiso porque prefirió ser puro.

† *Lugones fué el arquetipo de esa generación ineficaz* —lo repito— en tanto presenta las características con mayor evidencia. Esa ineficacia se originaba en el desconocimiento de sus caracteres propios, que le hubieran otorgado una fisonomía común diferenciadora de la anterior (la llamada “generación del 80”): reaccionó contra las fórmulas que dominaban en el fin de siglo, pero las que se impusieron no fueron sustantivas, de y no fué tanto lo heredado como lo importado. *Lugones, arquetipo de esa generación ineficaz, pese a su constante intento por lograr una unidad formal, un orden externo, fracasó al no obtener una limitación —autolimitación— que además de aceptar su realidad, le permitiera interpretarla con signos propios; pero habiendo visto fracasar todos los esquemas utilizados, cayó en un escepticismo emotivo, por un proceso de polarización frecuente entre los hombres de esa generación: una sobrestimación de su contorno los condujo a una sustancialización de lo que no tenía nada más que un carácter ideal; y esos ideales (términos finales de sus aspiraciones) configuraron un idealismo no entendido como cautela ante los hechos y las cosas, sino como frustración frente a ellos. Frustración que los enfrentó a la disyuntiva de aceptar una doctrina socialmente autoritaria (Lugones) o una concepción nihilista (de la Torre).*

*

En mi intento de valorar a Lugones, he considerado hasta ahora únicamente los elementos que surgen de su vida y de su obra en forma directa, pero a los efectos de situarlo con mayor precisión, lo voy a enfrentar con Martínez Estrada, arquetipo de la generación siguiente; no con un criterio de paralelismo por lo que tiene esta palabra de evocación de dos series de hechos independientes entre sí, y por el peligro que supone determinar la naturaleza del uno a base de su polarización con respecto a la del otro, sino por la mayor precisión que pueden alcanzar los contornos por la contraposición de planos:

Así como Lugones resulta más el producto de una disposición que de una capacidad, que por su fracaso en el conocimiento veía a nuestro país, a su contorno, como una composición y recomposición de elementos que lo deténían ante lo descriptivo, acumulando una de las dualidades en beneficio de la otra, Martínez Estrada ha establecido sutilmente las distinciones entre

las estructuras vivenciales como simples fenómenos y las determinantes totales o parciales de esas mismas vivencias. Pese a esto, se lo ha acusado de describir los hechos y las personas fuera del contorno histórico de sus significaciones, cuando lo que en realidad ocurre —y para emplear una terminología ya usada— es que, además de la simple descripción de los fenómenos, ha practicado una previa reducción fenomenológica, *eliminando toda clase de supuestos que se oponían al reconocimiento de lo que hay de permanente, de objetivo y de categórico*. Y al acentuar el carácter individual de los objetos históricos con la práctica de esta especial eidética, ha entendido el incesante fluir histórico como trascendencia a la vez que como sobrevivencia.

Claro que por su costumbre de indagar hondo, Martínez Estrada incurre en una inconexión de lo simplemente aparential, por un lado, y por otro, en la falta que significa no poner en la superficie —más que corolario de lo primero, concomitancia— lo conseguido en su rastreo: falta de claridad, falta de superficialidad en el sentido orteguiano, quizá, por evitar una sistematización de sus ideas, por la repugnancia que le producen las construcciones cerradas al mundo, perfectas como tales y llenas de congruencia consigo mismas. Verdades que sólo son ilusiones sostenidas por esquemas tan del gusto de Lugones, explicables en este autor por su tendencia —reiteradas veces puesta en evidencia— a aislar el objeto privándolo de su propia dinámica, en tanto *no podía concebir lo inteligible sino aislado, mediante la exclusión de todos los otros valores que no fueran los suyos*.

En este mismo sentido resulta sintomático que cada vez que Lugones insiste en determinada idea, la adultera *al proyectar todas sus afirmaciones en ideales*, precisamente por esos a priori a los que debía someterse la realidad. Estos ideales resultaban la proyección de sus esquemas sobre el futuro, que parecía sometido a rígidas y excluyentes retículas.

En cambio —y aquí sí la oposición entre Lugones y Martínez Estrada como mayores representantes de dos generaciones sucesivas es evidente—, a éste último le interesa averiguar la legalidad esencial de las cosas, con un particular *presentimiento* de ellas, sin restarles su auténtico sentido para teñirlas de un valor funcional o con el que suelen presentarse. Lo que en Lugones es esquema, resulta en Martínez Estrada superior táctica en tanto se ha interesado por la interpretación más que por los resultados, ocupándose de las *expresiones*, las únicas en que se capta las contradicciones. Diametralmente opuesto a Lugones, para quien al averiguar las causas solamente la exclusión era definitiva, Martínez Estrada capta la inalienable calidad de lo inmediato en cuanto tal, en su constante mudanza, con un especial

sentido pictórico por lo próximo —clásico en cuanto se interesa por lo que le rodea—, por el simple paisaje de los hechos en su esencial significado.

Así, todo lo que pueda parecer conformismo con la realidad en Martínez Estrada, es objetividad, es el detenimiento que la reflexión exige. Entiéndase bien: detenimiento en el observador, no en el objeto; pues resultaría completamente absurdo detener al pájaro en su vuelo para saber cómo vuela. Le interesa fundamentalmente el durante, forma dinámica del presente, teniendo a las *circunstancias* como decisivas. A Lugones, contrariamente, le interesaban las *tendencias*, su campo de posibilidades, su poder, sus potencias, pero fracasaba ante el aspecto dual de todas ellas. Por lo tanto se podría decir que *mientras Martínez Estrada tiene una comprensión de la vida, Lugones ambicionó siempre tener una visión del mundo.*

Como prolongación de lo que acabo de señalar en Martínez Estrada, resulta defectuosa su *proclividad a magnificar los resultados de detalle*, otorgándoles una vigencia mayor de la que merecen. Martínez Estrada generalmente opina acoplando elementos, como si fuera tirando pareceres, distintos de las opiniones en tanto no tienen la adustez del que opina, sino la dignidad del que supone la rectificación en sus propias afirmaciones. Técnica de diálogo, así como las opiniones lo son de la polémica. Es que en toda verdadera conversación de dos hay una dosis de concesión, elemento metódico del diálogo y que marca los silencios indispensables para oír qué dice el otro.

A lo largo de los libros de Martínez Estrada se va conformando esa técnica que yo llamaría impresionista, en tanto deja en libertad a su aprehensión despojada de presunciones intelectuales, y que paulatinamente se transforma en un puntillismo cuando quiere arquitecturar mayores organismos. Martínez Estrada analiza partiendo de los hechos y de las cosas, única forma de representar lo que está desconectado. Martínez Estrada opina que no existe realidad en la Argentina. Sí que existe, aunque sin una jerarquía de valores. La realidad no existe solamente cuando está organizada, sino que es previa en su caos a cualquier organización. Tanto es así, que la actitud lugoniana es sintomática en cuanto erraba la elección del elemento organizador; en cambio, Estrada, al evitar una descripción lineal, acierta con el método que corresponde a la desarticulada realidad argentina.

En este aspecto exclusivamente metodológico, Martínez Estrada ha recurrido a elementos utilizados por Spengler, así las homologías, que son precisamente lo más endeble de sus construcciones en tanto inducen a falsas y brillantes analogías. Respecto de los "invariantes", que para Simmel son formas irre-

ductibles que tornan operante una estructura organizada, para Estrada tienen un valor más restringido, en tanto sólo valen como condicionantes, de simple acentuación y no de sintaxis.

Estos recursos revelan que no existe en Martínez Estrada la intención de lograr unidad metodológica; sin que esto signifique otorgarle a esta circunstancia un valor peyorativo, sino precisamente todo lo contrario, en tanto la reducción a un solo punto de vista ha sido totalmente superada.

Todo lo que hay de negación en Estrada, tan alejado del pesimismo splengleriano como del subjetivismo de Lugones, presupone una honda piedad hacia las cosas, hacia la naturaleza toda (que jamás aparece en Lugones, fundamentalmente antropocéntrico), *a la que no ve como producto de su espíritu, sino como presencia viva y plástica y a la que defiende contra la invasión de ese espíritu; así como a éste contra sus propias tentaciones de sustituirse con el mundo exterior.* Y es por esta piedad hacia lo esencial que magnifica esos valores parciales, los aumenta; y lo que desde el punto de vista descriptivo es un acierto, desde el valorativo, resulta una exageración.

Por lo tanto, su eficacia para pintar la realidad argentina, para analizarla y para pronunciar *exclusivamente* su diagnóstico, de hecho resulta una forma de limitación, su *autolimitación*, sin duda alguna, consciente y eficaz, pero que lo somete a lo particular en detrimento de lo general.

Frente a esta posición, que con todos sus inconvenientes es cabal posición de ascetismo intelectual, Lugones aparece como un hombre *indelimitado* en todas sus diversas actitudes, que solamente eso resultan los disfraces transitorios y sucesivos de su imposibilidad de profunda renovación.

Desgraciadamente, la total falta de sentimentalismo gesticulante de Martínez Estrada lo ha hecho aparecer como al más desvinculado de los principios que representa, convirtiéndolo — como crítico de la esencia y de la realidad argentinas— en un valor operante, pero no determinante en la medida en que fué Lugones, a pesar de que éste sometió sus valores sustantivos a esquemas ajenos cuando empezaba a sentir la sensación del fracaso. Sí; definitivo fracaso, muy distinto de la desilusión más o menos romántica que solamente aparece cuando todavía esperaba algo de las cosas, cuando delegaba lo personal en el ámbito, lo íntimo en el acontecimiento. Fracasó en tanto no se animó a perderse y luchar con el ángel, sino que solamente quiso detener las cosas para entenderlas mejor.

Lo incomprendible es que su gesto último —inesperado para quien no conozca su mecanismo mental— concluyó por ser considerado como la determinante principal para valorar su vida,

su estilo. Incomplensiblemente —invirtiéndose el ordenamiento causal— se trata de entender su vida por su muerte, como si se pudiera apreciar el curso de un río por sus desbordamientos; y más aún, de justificarla como último reproche a un medio que lo favoreció. Cuando precisamente la no superación de la fase emotiva de su experiencia, le hacía cargar el peso de sus valoraciones sólo en lo que podía adoptar como punto de vista; de ahí que sus teorizaciones no fueran más que el esclarecimiento de sus experiencias que llegaron a formar una mentalidad, una manera de ser, un complejo del que no se pudo librar.

Si pudo resultar inesperada y hasta inexplicable esta confrontación entre Lugones y Martínez Estrada, creo aclararla suficientemente diciendo que en momentos de total marasmo, es una tentativa por clarificar qué queda de sólido frente a todo lo negativo que arrastra la personalidad de Lugones en tanto representativa de otros hombres de su generación que por amar a su país y creyendo entender su historia no supieron intuir su presente, y operando sobre apariencias las más de las veces por ellos mismos construídas, invocaron ingenuos imponderables con una falta de sentido realista teñido de absurdos alardes mesiánicos. Martínez Estrada, en cambio, por una poderosa superación de un comienzo farragoso, de penosa lectura, desarticulado de todas las violencias de ese momento —hablo de 1918— en que no ocultaba su cosmopolita condición de nefelibata, se aferró a un criticismo realista, y perseverando en su ser, prefirió emitir dolorosos diagnósticos y no pronósticos más o menos dulzones. Este criticismo realista de Martínez Estrada (de muy poca práctica entre nosotros en tanto supone un vigor espiritual para desnudar y desnudarse de protecciones a fin de quebrar toda clase de fáciles y heroicos idealismos) ha rechazado todo sentimentalismo que supusiera un temblor indeciso ante la necesidad de suprimir excrescencias. Porque hay quienes de sentimentales no se purgan. Martínez Estrada, en esta práctica higiénica, se alivió de ese lastre, pero deteniéndose ante el exceso profiláctico, ante lo vitalmente puro que es la castración. Y es así como su lectura, su viril compañía, es estimulante frente a la depresión que produce Lugones. Y si he presentado las semejanzas y las diferencias entre Lugones y Martínez Estrada, no ha sido por afán de comparar, porque si en mi actitud intenté ubicar, la segunda sólo hubiera supuesto la mensura.

Lo más evidente, en lo que he insistido más por ser su determinante vertical, es *la falta que padecía Lugones de esa*

objetividad que otorga dignidad a las cosas. El quiso integrarse en las cosas, en todas las cosas, consciente de los claros de su espíritu, de sus *faltas*, en una inquietante y constante *búsqueda* de mitos que desgraciadamente arrastró siempre una mera actitud cognoscitiva, de superficial enciclopedismo.

Me repito en mis afirmaciones: una suerte de desasosiego lo diluyó en los más diversos ideales —compleja trama de desiderata— en una *tentativa frustrada de ser todo, en lugar de cidirse por ser algo*, y que acabó *aferrado a lo caduco*, a lo muerto, que fué la manera de morir de Lugones.

Alguien dijo que el hombre más grande jamás es más fuerte que las circunstancias. Cumpliendo un particular determinismo, Lugones resultó impotente para resistir a las incitaciones del momento, y su evolución sucumbe a ese destino, significado por el *predominio de lo subjetivo en su vida y de lo formal en su creación y de la oposición entre su unidad y su dispersión.* Destino que comienza con el abandono de un positivismo que se sentía único poseedor de la verdad científica y hasta satisfecho con su aparente resuelta problemática, y que termina en la confusión de sus propias ideas y en la incomprensión de las ajenas, aceptando sustitutivos que exacerbaban su exacerbado egotismo, sosteniendo ideas sin otra finalidad que la de lograrlas como realización, en una suerte de confesiones corales, especie anacrónica de frenéticos *revivalisms*. Lugones no entendió que estaba en pleno curso nada menos que la implacable demolición de las conductas humanas que desfiguraban la verdad del hombre como donador único del sentido de las cosas; que se trataba de que asumiera toda su responsabilidad como creador de valores, afirmando su definitiva autonomía; de que “el hombre se acordara del hombre” de que estaba asistiendo a la liquidación de todo un repertorio de creencias. Y se sintió desamparado cuando en realidad se había quedado con los restos de las cosas, y su desesperación brotó porque identificó su destino con el de sus antiguos bienes, viéndose como nuevo Panglos que entre ruinas humeantes afirmaba vivir en el mejor de los mundos. Interpretó torcidamente el grito gideano de “¡Enracinez, enracinez!”, y en lugar de ahincarse en sí mismo, se quedó en la covertura de una solución puramente geográfica, en cambio de utilizar lo nacional no como fetiche sino como medio para integrarse universalmente en una época que precisamente se comenzaba a marchar hacia la universalización de la conciencia histórica.

Mucho más certero es el diagnóstico de Martínez Estrada: cero. No más arriba, pero tampoco más abajo. Se acepta. Sin nada, totalmente desposeídos. Todo contribuye ahora a acentuar

esta desolación; pero aún a riesgo de asimilar nuestra esencia a nuestro devenir, creo que seremos nada más y nada menos que lo que hagamos —sin temor a equivocarnos— porque mejor que los ideales son las tardes y más eficaces frente a los hechos ⁽¹⁾.

DAVID VIÑAS

(1) Ver *Apéndice*.

A P E N D I C E

El primer detalle que se impone a quien recorre con atención los años de la segunda y tercera décadas de este siglo, es la significativa muerte de los últimos representantes de los hombres que tuvieron alguna significación en el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del XX, y quienes generalmente son agrupados bajo el título genérico de “generación del 80” que sería más claro si se le pusiera bajo el signo del político de mayor gravitación durante todo ese período y se la designara así con el nombre de “época roquista”.

Estos últimos representantes son: Juárez Celman (que muere en 1909), Florencio Sánchez (en 1910), Vicente Gil Quesada, Eduardo Wilde y Lucio V. Mansilla (que mueren en 1913), José María Ramos Mejía, Julio A. Roca y Agustín Alvarez (que mueren en 1914), Carlos O. Bunge, Manuel T. Podestá y Carlos Guido Spano (que mueren en 1918), Rafael Obligado (en 1920), Estanislao S. Zeballos y Belisario Roldán (quienes mueren en el 22), Angel de Estrada, Juan Agustín García y Joaquín V. González (que mueren en 1923), José Ingenieros (1925), Francisco Sicardi (1927), Roberto Payró (1928) y Paul Groussac (1929).

Va desapareciendo, por lo tanto, “esa generación del 80 —según palabras de Florencio Escardó— que tuvo por misión —emprendida y no cumplida— la liquidación del colonialismo... que rodeó la vejez madura de Sarmiento y recibió su empuje civilizador”. Es un grupo de hombres que estaba condicionado en gran medida por el período siguiente a esa época romántica (que en la Argentina se tiñe con el rojo de Rosas) y que se consolida con el regreso y la acción de los proscriptos, en la posterior tónica liberal y laica, que desgraciadamente “se estanca después en un pragmatismo cómodo y oportunista”.

Son los herederos de Caseros, los hijos de Sarmiento —a quien finalmente arrinconan— los actores de la guerra del Paraguay, los autores de la campaña al Desierto y sus usufructua-

rios, los que se sentían ejecutores de los postulados alberdianos.

Estos hombres de la "época roquista" —hijos de proscritos y de guerreros de la independencia, o de los primeros inmigrantes— en sus planteos filosóficos y científicos juraban por Spencer, Comte y Stuart Mill, y sus bibliotecas estaban presididas por las figuras de Taine y Renán, aceptando de Coulanges la historia científica, erudita y objetiva, que reemplazaba la historia romántica y evocativa. Que hacían sus planteos conjugando las nociones de invención e imitación tardeanas, asignándole al hoy olvidado Le Bon una jerarquía similar a la que años después tendría Freud. En esos momentos, Lombroso gozaba de un prestigio semejante al de Ferri, y en un mismo año se introdujeron a Charles Gide en la economía y de la Cárcova daba a conocer *Sin pan y sin trabajo*; Darwin aparecía con frecuencia en la correspondencia entre Juárez y Roca; Posada, Ihering, Sighele, Iuglar, Cauwes, Vignes y Le Play interesaban tanto como Ibsen y Bracco, que estaban reemplazando a los dramaturgos del bajo romanticismo como Zorrilla, Echegaray, Campodrón, Tamayo, Ayala, Larra y Eguílaz; y el realista Fray Mocho, al romántico Eduardo Gutiérrez. Y en la poesía, la influencia de Hugo y Byron, de Becquer y Núñez de Arce, iba siendo desalojada poco menos que definitivamente por Gautier y los Goncourt, en un deseo de precisión técnica (especialmente en lo que tuviera origen parnasiano: así, Angel Estrada), de impasibilidad emocional y de imparcialidad intelectual, que se daba como contraparte de la vocación de los naturalistas (Zola maestro de dos médicos-novelistas como Sicardi y Podestá) que en función de su realismo psicológico encaraban el material estético con una precisión científica.

Son los hombres de la "época roquista" los que se formaron en el Colegio Nacional bajo la égida de Amadeo Jacques, o en el Colegio del Uruguay, dirigidos por Alberto Larroque, y con José María Torres y Pedro Scalabrini en la Escuela Normal de Paraná, lugares de estudio todos ellos donde "el positivismo más que una doctrina filosófica era un estado de alma".

Dije que era éste el "período roquista", que se abrió con el significativo lema de "Paz y administración", que remite mentalmente al "Poca política y mucha administración" de su contemporáneo Porfirio Díaz. Ese "período roquista" en que la bohemia porteña se reunía en la "Cantina del 20 Settembre", en Pellegrini y Viamonte, y discutía en "El Ateneo Argentino" y en "La colmena artística"

Como se reunía a discutir en "Royal Keller", "Au's Keller" y "Los inmortales", los hombres que desarrollaron su mayor actividad en la segunda y tercera décadas de este siglo. Son

los hombres que nacieron durante el apogeo de la "época roquista" y que de una manera u otra estuvieron bajo la influencia de Darío. Si se observa las fechas de nacimiento, resulta evidente que nacieron (salvo excepciones como Lugones y Larreta) entre el 80 y el 90. Así: Alberini (1886), Arrieta (1883), Barreda (1883), Blomberg (1890), Capdevila (1889), Chiappori (1880), Dávalos (1887), Burgos (1888), Carrizo (1887), Echagüe (1887), Gálvez (1882), Gerchunoff (1883), Giusti (1887), Greca (1889), Güiraldes (1886), Iglesias Paz (1881), Jordán (1883), Larreta (1875), Lazcano Tegui (1886), Leumann (1888), Lugones (1874), Lynch (1885), Martínez Cuitiño (1887), Martínez Zuviría (1883), Carlos Noel (1886), Pagano (1883), Josué Quesada (1885), Quiroga (1880), Rojas (1882), Storni (1889). Es realmente una generación que se inicia en *Ideas* primero y, después, en *Nosotros*: que como la del 80 hablaba de "Sainte-Beuve y Nizard, Chasles y Cuvillier-Fleury, Scherer y Taine, Víctor Hugo y Gautier", ésta discute a Darío y a Ibsen, a Sudermann y a Asunción Silva. Y Croce y Bergson desalojan de los claustros y de la polémica a Comte, Spencer y Stuart Mill.

Segunda y tercera décadas del siglo: la generación "modernista" está en plena elaboración. 1910: Arrieta publica *Alma y momento*; 1911: *Los mirasoles*, de Sánchez Gardel y el Sarmiento, de Lugones; 1912: *La conquista* de Iglesias Paz y *El Malón Blanco*, de Martínez Cuitiño (es el mismo tema de *Historia de arrabal* y *Nacha Regules*, de Gálvez); en 1913, Lugones da a conocer su *Ameghino*; en el 14, Gálvez publica *La maestra normal*; el año siguiente corresponde a *El cencerro de cristal* y a los *Cuentos de muerte y de sangre*; 1916: Ortega está en Buenos Aires y Alfonsina Storni publica su primer libro: *La inquietud del rosal*; 1917: Quiroga se olvida de Poe y de Chejov y de Kipling, y Lynch da a conocer *Los caranchos de la Florida*; en el último año de la guerra Korn lanza su *Incipit vita nova*, donde afirma: "Croce, Cohen y Bergson son los obreros de la hora presente"; 1919 sigue Gálvez describiendo su Argentina triste y oscura en *Nacha Regules*, el año 20 se conocen simultáneamente *El salvaje* de Quiroga y *La propia obra*, de Iglesias Paz; el año 21 escucha la conferencia de Lugones sobre *El tamaño del espacio*; del 1922 son estas palabras de Juan Agustín García "En política, literatura, arte, universidades, aparece una democratización creciente, avasalladora. El teatro se coloca al nivel del conventillo de extramuros. [La *bête noire* del autor de *La ciudad indiana* era Florencio Sánchez y su línea tetral]; la novela florece con una fuerza extraordinaria, como las yerbas tropicales que cubren en días toda una

región. La novela semanal, picaresca, sentimental, a diez céntimos el pliego brota de todos los quioscos. Las universidades y colegios arrastrados por una fuerza irresistible, descienden a toda prisa para tomar el nivel común. Los críticos y los autores desprecian el gusto, la mesura, la fineza del espíritu... ahora se reza a todo lo que sea vulgar, mediocre, grosero o torpe... los grupos *Claridad* y la literatura de Barbusse causan estragos, como la escuela naturalista y el materialismo de Haeckel y Büchner, hace cuarenta años..." Era un representante del 80 el que hablaba así. El año 23, *Anaconda*, de Quiroga y *Xaimaca*, de Güiraldes; 1924: Lugones recoge su escepticismo de esa hora en *Filosoficula* y Lynch publica su *Inglés de los güesos*; el año siguiente está bajo el signo fundamental del *Discurso del centenario de Ayacucho*, pronunciado por Lugones en Lima. Contemporáneamente muere Ingenieros, el mayor representante del positivismo argentino. 1926: *Don Segundo Sombra* y *Zogoibi* recrean lo gauchesco con distinta medida y con resultado diverso. El 28 es el año de los *Poemas solariegos*; el 29, de *Elelín*, y el 30, el de *La patria fuerte* y de *El romance de un gaucho*. También, es el año de la revolución de septiembre.

Del 10 al 30 la "generación modernista" ocupa el primer plano del pensamiento argentino. Son los hombres que aparecen en *El mal metafísico*; así como los del 80 intervienen en *Juvenilia* y en *Recuerdos literarios*. La generación siguiente —la de los hombres que en su mayoría nace sobre el 900 y que empieza a escribir en la tercera década—, es la generación de *Bahía de silencio*, la que exhibe su problemática angustiosa en *Historia de una pasión argentina*.

Este grupo de hombres —los que constituirían una "generación del 25"— maneja y discute a Henry James y Simmel, Ortega y Spengler, Waldo Frank y Hartmann, Unamuno y Heidegger, Kafka y Scheler, Lawrence y Proust, Huxley y Joyce, Eliot y Gide, Gorki y Valéry, Mann y Claudel, D'Ors y Péguy, Apollinaire y de la Serna. Una generación que en su mayoría se debate en una introspección tan aguda como pasiva; estado de alerta que la separó definitivamente de todo lo que no fuera ejercicio discursivo o faena estrictamente estética. Es una "generación" donde abundan los "clerics", clase que no se había dado hasta entonces en toda su incontaminada vigencia.

Sus fechas de nacimiento se agrupan alrededor del 900; así: Amorín (1900), Arlt (1900), Astrada (1894), Barletta (1902), Bernárdez (1900), Borges (1900), Cancela (1892), Canal Feijóo (1897), Castelnuovo (1893), Delfino (1906), Max Dickmann (1902), Estrella Gutiérrez (1900), Julio Fingerit (1900), Glusberg (1808), González Lanuza (1900), Gouchón Ca-

né (1901), Guglielmini (1903), Guillot (1899), Mallea (1903), Marechal (1900), Martínez Estrada (1895), Méndez Calzada (1898), Nalé Roxlo (1894), Palacio (1900), Petit de Murat (1907), Rega Molina (1899), Francisco Romero (1891), José Luis Romero (1909), Ruiz Daudet (1901), Verbitsky (1907), Yunque (1890).

De estos hombres, algunos se agrparon en torno a *Prisma*, a *Proa* y a *Inicial* en sus primeros tanteos, y posteriormente alrededor de *Martín Fierro*, en contra de “la impermeabilidad hipopotámica del honorable público”, alardeando de irracionalismo y de confianza en el error, reaccionando contra *Lunario sentimental* y el *público* que lo aplaude. Son los hombres que rinden homenaje a Góngora y dan a conocer en Buenos Aires a Neruda, que niegan pertenecer a la izquierda o a la derecha o al centro en materia política, que se ríen de las boberías y cursilerías del Buenos Aires de 1925. Son los hombres que celebran a Figari y a Pettoruti en comilonas que caracterizan —pe-se a todo— la despreocupación de esos años del aburguesado gobierno de Alvear. Hablan de Carrá y de Vlaminck, y se ríen de Zuloaga y de Quinquela; comentan a Honegger y critican a Yrurtia, Larreta, Gálvez, Capdevila definiendo posiciones. Marechal ataca a Lugones y se homenajea a Marinetti. Publican a Le Corbousier que escribe sobre “La estética del ingeniero” y a de Torre que lo hace sobre García Lorca, Alberti y Gerardo Diego. Saben de la existencia de Ribera y de Orozco; Dalí y el jazz son lanzados a la circulación; y niegan toda tutoría intelectual y geográfica de Madrid.

1910-1930: una generación desaparecía, otra actuaba, una tercera empezaba. La generación del 80 fué eminentemente organizadora. La *organización* puede ser su signo como la *sistemización*, el de la generación modernista. Y una desesperada *búsqueda de esencias* ha sido la tónica de la generación siguiente que en sus comienzos se nucleó en torno a *Martín Fierro*.

D. V.